

GOETHE, EDUCADOR

Por EULALIA GUZMAN

El siglo XVIII corresponde a una de las épocas más intensas que haya vivido Europa occidental después del Renacimiento. Es el siglo llamado de la Aufklärung, o siglo de las luces. La razón, pretendiendo ser fuente de todo conocimiento y base de la cultura, quiere explicar todos los fenómenos de la vida, inclusive la humana, y por lo tanto, niega todo aquello que tiene raíces en el sentimiento y en la intuición. Una racionalización de la vida, por cierto menos brutal que la que presenciamos en la actualidad, no pudo satisfacer por mucho tiempo, pues no en vano el sentimiento, la creencia, la intuición y todo aquello que los filósofos alemanes llaman lo irracional, constituyen el movimiento íntimo de la vida espiritual.

Por eso es que aun en el seno de esta corriente nacionalista figuraron hombres ilustres, como Federico el Grande, que en cierto modo prepararon el movimiento de reacción con sus dos ramas, el idealismo y el neo-humanismo, que tuvo su apogeo hacia el fin del mismo siglo XVIII y comienzos del XIX.

Puede decirse que Kant infligió el más rudo golpe a este racionalismo absoluto, pues al volver por los fueros de la intuición y al proclamar como fundamento de la vida interior la autonomía de la voluntad, es decir, la libertad espiritual, echa las bases de una nueva concepción del mundo.

Tal era la situación del pensamiento europeo al aparecer en el escenario de Alemania Juan Wolfgang Goethe, pues en la época de su nacimiento, 1749, aun vivían aquellas dos ilustres figuras compatriotas suyas.

Muy cerca de Goethe figuraron grandes personalidades, honra y brillo de Alemania; baste citar a Herder, Schiller, Fichte, Hegel y los dos hermanos V. Humboldt, pero él, sin duda, ocupó en muchos respectos el primer término representando en sí el movimiento neo-humanista, o mejor dicho, clasicista, en Alemania, en lucha contra las exageraciones de la Aufklärung.

No obstante sus múltiples inclinaciones científicas, y de su temperamento de investigador de la naturaleza, Goethe fue fundamental-

mente poeta; pero siéndolo en el sentido originario del vocablo, es decir, creador, su palabra fue siempre la expresión de una concepción profunda del mundo, el heraldo de una doctrina esencial acerca de la vida humana, y estímulo constante para la acción. Por eso, a la par que poeta, fue guía de hombres, y en tal sentido, un educador.

Como todas las grandes figuras de la humanidad, Goethe es educador por su vida misma, pero lo es también en su obra literaria y en sus pensamientos concretos sobre educación. Difícil es separar su obra literaria de su vida, pues en Goethe, más que en ningún otro poeta, ella es la expresión, a veces apenas velada de lo que pasó en su propio ser, a tal grado que puede decirse que Werther, Tasso, Fausto y Wilhelm Meister son otros tantos retratos psicológicos y aun biográficos del poeta.

Sin embargo, tratemos de señalar algunos rasgos de su vida y algunos caracteres de su personalidad, que nos expliquen su nueva concepción del mundo, y que lo hacen que sea juzgado como guía de las generaciones de su época.

Como ya tantas veces se ha repetido, aun por el mismo Goethe, su madre ejerció una influencia decisiva en la formación de su personalidad, y de ella heredó carácter e inclinación.

A la dirección estricta de su padre, el niño prefería la dulce y jovial compañía de su madre, con quien compartía sus juegos y a cuyo lado sentía despertar y crecer su espíritu hacia la belleza y la naturalidad.

De capital interés para su inclinación literaria fueron las representaciones domésticas de un teatro de títeres que un oficial francés introdujo en su casa siendo Goethe aún niño. De allí data su afición al teatro. De espectador pronto se convirtió en manejador de sus pequeños personajes y en incipiente autor de aquellos dramas en miniatura. Pero su imaginación ya había recibido el estímulo, y a poco no fueron títeres, sino grupos de chiquillos a quienes movía en escena y para quienes componía increíbles dramas, según nos lo dice ingenuamente en el Wilhelm Meister. De su estancia en Leipzig, en cuya universidad inició su vida de estudiante, datan sus primeras producciones y en ellas comienzan a revelarse dos particularidades del poeta: la influencia de la mujer en su obra literaria, por una parte, y el hecho de que ésta fuera la confesión literaria de sus propias emociones. Todo lo que le hacía sufrir o gozar, y aun su felicidad y su pena, fueron los estímulos y los objetos de su poesía; así es como desde los primeros años de su juventud adquirió la costumbre de examinar con fría mirada todo lo que en sus apasionados estados de ánimo acontecía, logrando alcanzar aquella serenidad de espíritu y aquel dominio de sí mismo que hicieron de él un hombre superior, contemplador impassible de sus propias tragedias.

Fruto genuino de este temperamento objetivo y de este dominio de sí mismo fueron el Werther, el Tasso y una multitud de producciones menores cuya serie termina ya en edad avanzada con una poesía que expresa su última emoción amorosa, hacia Ulrica V. Lewetzow.

Fue en Estrasburgo, apenas pasados los veinte años, donde en realidad empezó a adquirir personalidad literaria, figurando como uno de los más destacados elementos de aquel movimiento de la juventud de poetas alemanes conocido con el curioso nombre de Sturm und Drang, que no fue sino lucha por sacudir la molesta tutela del amaneramiento y de la inflexible regla, para lanzarse en los torbellinos de la propia inspiración. Pronto superó este aspecto de su actividad literaria, pues en estos primeros años conoció a Herder, poseedor de una vasta cultura, histórica principalmente, y a Winkelmann, el revelador de la esencia estética de la cultura griega; ambos fueron influencias decisivas en una nueva dirección de su pensamiento y de su actividad. La obra de Winkelmann referente a la plástica y arquitectura griegas, definió en él su idea de vida humana: la dignidad, la armonía y la libertad espiritual; la serenidad armónica de las formas del arte griego lo inspiró en una nueva concepción del mundo en que la vida del hombre y del cosmos se corresponden en una unidad de leyes y por lo cual el destino del hombre se ensancha hasta el infinito, en una aspiración de excelsitud, siempre renovada, lo cual habría de crear una cultura superior. Tal es el anhelo que palpita en cada verso del Fausto.

Por su parte, Herder reforzó en Goethe este nuevo concepto del hombre, este nuevo "ideal de humanidad", a semejanza del ideal griego, al cual cada quien debe acercarse por un constante esfuerzo para alcanzar el perfeccionamiento de sí mismo, la armonía en sí mismo, dentro del goce estético. Hacer del hombre un microcosmos, imagen y reflejo del macrocosmos, con la floración de todas las posibilidades individuales; hacer de la propia vida la suprema obra de arte, tal fue el ideal clásico al que Goethe enderezó toda su actividad; así se preparó al gran papel neo-humanista que habría de desempeñar en la cultura alemana. Individualismo, por una parte; universalidad por otra, y totalidad armónica de ambas, son los tres momentos del ideal de humanidad que normó la vida del poeta, en mucho cercano al concepto de Guillermo v. Humboldt, y a mi parecer, de nuestro malogrado contemporáneo Max Scheler.

Concomitantemente con el concepto humanista indicado, Goethe profesa otro principio fundamental como norma de vida: la acción. Profundamente lo expresa en el Fausto cuando traduce la sentencia bíblica como sigue: "en el principio era la acción". Así, interpretando el verbo por acción, eleva a ésta a la categoría de principio religioso y cósmico, a la vez que la hace medula de toda teoría posi-

tiva. El verbo es acción, Dios mismo es creador, activo en cada instante, inmanente en todo lo que vive y se mueve; Goethe expresa admirablemente este concepto cuando dice: "Mas la divinidad alienta en lo vivo y no en lo muerto, en lo que deviene y se transforma y no en lo ya hecho y rígido." Por eso, según él, no es verdaderamente religioso el hombre inactivo que rehuye colaborar con Dios en la obra de cada instante. Por haber sido esforzado hasta el final, por haber dirigido su propio destino, por haberse contrapuesto al espíritu negativo de Mefistófeles, alcanza Fausto su salvación. En Wilhelm Meister expresa la dignidad de esta posibilidad exclusivamente humana cuando dice que "el mayor mérito del hombre consiste en determinar, siempre dentro de lo posible, las circunstancias, y en dejarse determinar lo menos posible por ellas". Para Goethe "la acción no se comprende ni se reproduce sin la intervención del espíritu".

No cumplía los treinta años cuando fue llamado a colaborar con el gran duque Carlos Augusto de Saxonia-Weimar. Weimar fue desde entonces la pequeña patria espiritual de Goethe. Durante más de cincuenta años trabajó allí al lado del gran duque, e hizo de esta corte el punto culminante de la cultura alemana de la época, y el lugar a donde dirigían sus miradas todos los hombres notables de Europa.

Desde que Goethe llegó a Weimar, la vida de esta ciudad se transforma. El impulsa todas las actividades culturales y sociales. Elevado al rango de Consejero de Estado, participa directa e indirectamente en una multitud de obras materiales para el bienestar del Estado; su vida se asemeja a la de Fausto en su última época: el reposo no cabe en su programa. En ese crear constante fuera y dentro de las ciudades del pequeño principado, pudo decir como Fausto, al instante pleno de actividad: "¡Detente, pues, eres tan bello!"

Pero al mismo tiempo Goethe era el alma de la vida espiritual, no sólo de Weimar sino de toda Alemania. Encargado del departamento de cultura, quedó bajo su mano la Universidad de Iena, ciudad próxima a Weimar. Nunca como entonces floreció la Universidad, convertida en la más importante de Alemania. Atrajo hacia ella a los más eminentes pensadores: Schiller, Fichte, Schelling, Hegel. Amparados con la libertad concedida al pensamiento, la investigación filosófica llegó a gran altura. Aficionado al estudio de la naturaleza, Goethe estimuló la prosperidad del Jardín Botánico y del Museo de Ciencias Naturales, impulsó las cátedras de Física, amplió la biblioteca, y él mismo con sus continuas visitas a Iena, se convirtió en el estímulo más vivo para la existencia de una sociedad distinguida de sabios y literatos. Todavía hoy se siente allí la presencia bienhechora de aquel gran espíritu.

Por su parte, directamente sostenía vivo el espíritu literario de

Weimar. Por su consejo vinieron a colaborar con el gran duque hombres de gran mérito, como Herder, pero fuera del aspecto oficial la ciudad era el punto de reunión de las más grandes personalidades de Europa, eminentes en las ciencias o en las letras, que venían atraídas por la brillante personalidad de Goethe. Más tarde se le reunió Schiller y ambos, completándose, elevaron la vida espiritual de Weimar hasta un grado no superado después. Durante muchos años Goethe se encargó del teatro de Weimar y éste fue el medio práctico y concreto con el que educó en sentido estético no sólo a la sociedad de aquella pequeña capital, sino de toda Alemania. El escenario de Weimar, al igual que el teatro de Dionisos en Atenas, vio desfilar las obras más excelsas y todas aquellas que por sanas y bellas podían elevar. De ese modo el escenario se convirtió en la tribuna nacional desde la cual estos dos grandes hombres dirigían la vida espiritual de Alemania. Goethe mismo dirigía a los actores, cuando no él mismo representaba. De ese modo aquel genio empleó el teatro como instrumento para educar a su generación.

En Weimar aparecieron sus obras más célebres, exceptuando el Werther y el Goetz v. Berlichingen. Junto a su labor literaria dedicó con éxito buena parte de su actividad al estudio de la naturaleza, logrando llegar a síntesis admirables en física, botánica, mineralogía y osteología. Su viaje a Italia exaltó su vida. Ante las obras plásticas de la antigüedad su espíritu nació a una nueva vida, como él mismo lo dice, y exaltó más y más su concepción clásica del mundo a que antes nos hemos referido.

Toda su vida fue una constante actividad interna y externa hacia el ideal humano. Así lo expresa él mismo cuando exclama ya en edad avanzada: "Mi vida ha sido el constante rodar de una piedra que quería siempre volver a erguirse". Cada vez más fuerte y dueño de sí mismo, no le doblegan los más rudos golpes; aun en la ancianidad, la muerte de los seres más queridos: Schiller, el gran duque, la gran duquesa, con quienes compartió su larga existencia, y aun la muerte de su hijo, no logran alterarlo. Y pudo llegar a ese coronamiento de su ideal humano, realizado en él mismo, a tal grado, que su presencia sola lo revelaba; cuando Napoleón, en un momento de victoria, después de la batalla de Iena, se encontró frente a él, pudo tenderle la mano y en un arranque de admiración exclamar: "Señor Goethe, sois un hombre".

Su productividad se mantuvo intensa hasta el fin; terminó y arregló su abundante producción literaria al mismo tiempo que participaba en el movimiento literario europeo, escribiendo en diversas revistas y manteniendo correspondencia con los más grandes talentos. De esta manera, en los últimos treinta años de su vida, cuando la generación que con él creció ya había desaparecido, Goethe había

llegado a convertirse en el guía espiritual de Europa. Las celebridades más grandes del mundo artístico y literario acudían a él en demanda de consejo. Eckermann nos lo da a entender así, contándonos que constantemente recibía Goethe ejemplares de poesías, grabados y pequeños cuadros de los artistas europeos, acompañados de cartas en que los autores le testimoniaban la influencia que él había ejercido y ejercía en la nueva generación de artistas y escritores, y cómo los poetas le veneraban y le amaban como su jefe espiritual. En una carta de Walter Scott a Goethe, se refiere a éste con las siguientes palabras: "Es para todos los admiradores del genio un sentimiento bienhechor saber que uno de los grandes maestros europeos pasa su ancianidad en un dichoso y honorable retiro, en el que recibe los mayores homenajes. Al pobre lord Byron no le deparó, desgraciadamente, el destino una suerte tan dichosa, pues se lo llevó en lo más grande de sus años, perdiendo mucho de lo que de él se esperaba. Él se estimaba dichoso por el honor que usted le dispensaba y se daba cuenta de lo que debía a un poeta a quien todos los escritores de la generación viviente están agradecidos, que se sienten obligados a levantar hacia él sus ojos con infantil veneración."

Verdaderamente educador era el simple contacto personal con Goethe; no sólo se aprendía de cada una de sus palabras, su sola presencia enaltecía y fortificaba. Eckermann nos dice así: "Mientras conversábamos íbamos paseando por su estancia; yo no hacía más que aprobar, pues sentía en todo mi ser la verdad de cada palabra de Goethe... Siento como si las palabras de Goethe me hubiesen hecho adelantar dos años y experimento en lo profundo del alma la dicha que supone encontrarse en la vida con un maestro verdadero..."

Examinemos ahora una segunda fase de su acción educadora: su producción literaria.

Goethe fue un gran pensador, no sólo de su tiempo, sino de todos los tiempos: hombre universal, científico y filósofo a la vez que poeta; su pensamiento no pasó al mundo en forma sistemática, sino embellecido por la poesía, y por eso quizá dejó más honda huella. A la exaltación de Schiller oponía su serenidad; sus obras no eran el esfuerzo por plasmar en una realidad algo ideal, sino por el contrario, llegar al ideal partiendo de una realidad, ya fuera ésta una emoción vivida por él o un rayo de luz. Su temperamento objetivo encontró siempre en la naturaleza viva inspiración y motivo, al igual que en las tragedias de su propia alma. Por eso es clásico, es decir, fuerte y verdadero, pues siendo él más que nadie, la encarnación de una raza, el tipo del alma fáustica, según la expresión de Spengler, sus obras tienen la fuerza y la profundidad de algo cósmico, la expresión de una realidad primordial humana. Por eso *Ifigenia en Táuride*, *Hermann y Dorotea*, *Egmont*, *Wilhelm Meister* y sobre todo el

Fausto, además de un sinnúmero de pequeñas poesías, entre ellas sus baladas, son profundamente educadoras porque marcan una senda que seguir, un ideal que alcanzar, porque fluyen alegría, fe en uno mismo, porque presentan ejemplos de grandes almas. En cada una de sus obras se halla expresado en diversas maneras ese ideal de humanidad, ese superarse siempre y labrarse su propio destino, esa inquietud constante, anhelos propios del alma fáustica, y en el fondo, anhelos de todos los hombres.

Difícilmente produjo Goethe algo más hermoso y tierno que su *Ifigenia en Táuride*. No es la atrida, hija de Agamemnon, que se entrega indefensa al destino, comunicado a los hombres por intervención de los dioses, según el drama de Eurípides, sino la virgen fuerte y pura que vence al sino de su raza por un esfuerzo supremo de su propia virtud. Su grandeza de alma la salva de las playas bárbaras y la vuelve a su amada Grecia.

De igual modo, nada excede en belleza y congruencia de forma y contenido a la pequeña obra teatral *Hermann y Dorotea*. Aquí también es la mujer bella y fuerte en todos sentidos; en él, el trabajo y la virtud han labrado una fortuna. Conmover es el cuadro en que Dorotea se presenta como amparo y alegría de los emigrados. Y esta armonía perfecta de su ser es lo que comunica a Dorotea un aire de firmeza y serenidad tal, que a su sola presencia conquista el amor de Hermann. Al finalizar el drama, Hermann resume el pensamiento que en toda ella campea con la siguiente exclamación: "El hombre que en una época agitada se agita también, empeora el mal y lo extiende más y más; pero el que persiste en su modo de ser, se forma un mundo para sí mismo."

En su drama político "*Egmont*", tremendo es el destino de este príncipe de Flandes, entregado a la crueldad y al fanatismo del duque de Alba; pero más grande aún que la angustia de la muerte, que se agita en el corazón del joven príncipe, es el anhelo de libertad; más grande es el sentimiento de dignidad ultrajada en él y en su pueblo. Por eso Egmont no vacila. Ve venir el fin, siente que lo cercan, que le tienden la red artera; pero él se mantiene alegre y noble, lleva la fuerza y la vida dentro de sí; no se doblega, muere libre.

Quien haya leído las baladas de Goethe, no puede menos de conmoverse ante la gracia y la manera verdaderamente maestra con que en unos cuantos versos expresa toda una teoría: el buscador de tesoros, el aprendiz de mago, el pescador, etc. Yo resumiría así los dos primeros: No busques en vano tesoros; trabaja, ese es el mayor bien. No manejes sin sentido las fuerzas del mundo y del espíritu; ellas te ahogarán si no te aplicas a aprender las claves misteriosas con que se gobiernan; domínalas con el saber. El pescador y muchas otras expresan el goce que siente quien se entrega a la naturaleza. Abun-

dan las poesías impregnadas de la alegría del vivir y la admiración a la naturaleza.

Pero sin duda su obra maestra, la obra de su vida, es el Fausto. Un genio tan grande como Goethe pudo sentir con claridad la esencia de toda una cultura y producir un tipo que, como Fausto, fuera la síntesis de ella.

En ocasión próxima se examinará el profundo significado del Fausto; tócame exponer brevemente algo de su valor educativo.

Goethe mismo nos dice que "todo lo grande educa con tal que nos demos cuenta de ello". Palabras semejantes pueden aplicarse al Fausto, pues ¿qué cosa más grandiosa que la historia de ese hombre que, como dice Goethe, de error en error fue subiendo hacia lo mejor?

Desde el comienzo de la obra se plantea la lucha entre lo noble y lo bajo de esta alma inquieta, atormentada. "Dos almas residen ¡ay! en mi pecho—exclama Fausto—. Una de ellas pugna por separarse de la otra; la una, mediante órganos tenaces, se aferra al mundo en un rudo deleite amoroso, la otra se eleva violenta del polvo hacia las regiones de los sublimes antepasados." Fausto y Mefisto personifican estas dos almas, y a cada paso el conflicto entre ellas y la victoria final del primero nos conmueven hasta lo íntimo del ser.

El amor y la actividad, la inconformidad con lo bajo, el arrebató ante lo bello, el ansia de determinarse su propio destino, el salvarse de lo negativo y gozar y participar plenamente en lo positivo, en lo plenamente creador, y aun más, someter lo negativo y ponerlo al servicio de la creación, el bajar a la región de las "Madres", como se dice en el Fausto, y de allí extraer la sabiduría y el poder, el anhelar sin descanso ser plenamente, a través del tiempo, el luchar siempre, son las lecciones grandiosas que enseña a los siglos ese admirable libro.

Derrota y victoria comparten el patrimonio del hombre; pero feliz aquel que como Fausto llega al final de su carrera con el ópimo fruto de una vida intensa y llena de sentido, con la serenidad del que ha participado en la realización del ideal humano, en el sentido de Goethe.

Una última fase de Goethe educador es la que queda comprendida en sus ideas concretas sobre educación. Ellas pueden cosecharse en todas sus obras, veladas en forma poética o en máximas profundas, como lo hemos esbozado antes; pero explícitas y claras se encuentran en otro de sus libros admirables: el *Wilhelm Meister*. Todo educador debe leerlo con cuidado. También se encuentran recogidas por Eckermann en su precioso libro titulado "Conversaciones de Goethe con Eckermann".

El *Wilhelm Meister* es una novela didáctica que nos relata la historia de un joven poeta que labra su propia educación. De alma noble y enamorado de la poesía, busca la educación estética de Alemania por medio del teatro. En todo el libro se desarrolla el tema de la educación. Los yerros del joven Meister fueron su mejor experiencia. Llega a ponerse en contacto con un grupo de hombres y mujeres que forman una especie de sociedad secreta, animada del ideal de perfección humana. Esta sociedad tiene establecida en el campo una escuela, donde, siguiendo ciertos principios elevados y nuevos sobre educación, se educan niños y jóvenes. Esta es la mejor oportunidad que Goethe aprovecha para explicar sus doctrinas sobre educación.

Fundada en que el niño trae innato mucho bueno y posibilidades que bien desarrolladas le asegurarán su vida futura, esta escuela tiende a desarrollar en cada alumno su inclinación propia, especializándola. Cuenta con muchas formas de actividades: agrícolas, artísticas, literarias y manuales, entre las que se distribuyen los niños y los jóvenes, de acuerdo con sus aptitudes; y en medio de esta vida activa, el canto, la música, la danza forman el ambiente de alegría de la escuela y en cierto modo la base de una enseñanza sana. A cada quien se le estimula a que ejercite su personalidad, a que manifieste su manera de ser, pero en cada una de las actividades enunciadas hay leyes estrictas a las que cada uno debe sujetarse una vez que la ha elegido, pues aun el genio, sin la disciplina y la técnica no florece. No hay exposiciones, y en cuanto a castigos, el único que existe allí es el de exceptuar al educando indisciplinado, del placer de participar con todos en los diversos trabajos. El respeto inculcado a los educandos hacia lo superior, hacia lo inferior y hacia lo igual a nosotros, es considerado como la base para una buena educación religiosa y moral.

En resumen, Goethe entiende que la educación ha de estimular el crecimiento y perfeccionamiento individual, que ha de hacer de cada quien un hombre en el sentido que ya expusimos al principio, y por lo tanto, una personalidad al servicio de la comunidad. Así queda expresado su ideal de humanidad, en sus tres momentos de individualismo, universalidad y armónica totalidad de ambas.

Siendo así, Goethe insiste en las siguientes ideas:

1° En que sólo la propia experiencia, la propia actividad, pueden dar la habilidad y el conocimiento.

2° En que a cada quien se le encauce dentro de sus propias inclinaciones y posibilidades.

3° Que al par que una cultura general, es forzoso que cada quien se ejercite en una especialidad, que aprenda a producir con habilidad algo concreto.

4º Expresa la necesidad de conocer a los clásicos, a los griegos sobre todo, como algo necesario para producir elevación espiritual.

La primera idea se expresa claramente en las siguientes palabras que Goethe dirige a Eckermann, a propósito de que éste le explica cómo ha llegado a fabricarse un arco de flecha: "Por lo demás, merced a su afición al arco, ha adquirido usted conocimientos muy interesantes y conocimientos vivos, a los que sólo se llega prácticamente. La ventaja de una afición apasionada es que nos lleva a penetrar en lo más profundo de las cosas. Y también es fecundo el buscar y el extraviarse, pues buscando y extraviándose se aprende. ¿Qué sabría yo de plantas y colores si por mi teoría me los hubiese alguien transmitido ya acabados y me los hubiera aprendido de memoria? Pero precisamente por haber tenido que buscarlo y hallarlo todo por mí mismo y por haber errado en ocasiones, es por lo que sé algo de ambas cosas, y por cierto más de lo que se dice en el papel." Y en el *Wilhelm Meister* afirma al respecto que "pensar y obrar, obrar y pensar, integran la suma de toda sabiduría, reconocida desde el principio de los tiempos, practicada desde que el mundo existe, pero que no todos saben ver. Una y otra operación deben alternar eternamente en la vida, como alternan la aspiración y la expiración; deben ser tan inseparables como la pregunta y la respuesta... Y quien somete la acción a la prueba del pensamiento y el pensamiento a la prueba de la acción, no se equivocará nunca, y suponiendo que yerre y se extravíe, muy pronto volverá al camino recto".

El segundo principio se encuentra expresado en el mismo libro en la siguiente crítica: "Nuestra educación vaga, nuestra educación equívoca es la que hace indecisos a los hombres, es la que despierta los deseos en vez de fomentar las vocaciones, la que en vez de secundar nuestras verdaderas disposiciones, dirige nuestros esfuerzos hacia objetos que no concuerdan con la naturaleza que los persigue."

El tercer principio se resume en las siguientes líneas: "La variedad de los conocimientos dada en tiempo oportuno, es como la preparación, por decirlo así, del elemento en que debe moverse el hombre especialista. El siglo pertenece a los especialistas; ¡dichoso aquel que ha comprendido la verdad de este axioma y obra de acuerdo con él, en su provecho y en el de sus semejantes."

Por último, la importancia que Goethe concede al conocimiento de los clásicos, de los griegos sobre todo, para aquellos que realizan dentro de una amplia esfera de cultura, queda afirmada cuando dice que el trato y conocimiento íntimo con los hombres eminentes de la antigüedad griega y romana, hará que el alma noble se desarrolle magníficamente en grandeza de carácter, y se eleve gradualmente. Aun hoy, el aprendizaje de los clásicos en los gimnasios alemanes

obedece en mucho a los conceptos que Goethe y Guillermo v. Humboldt asentaron a este respecto.

Pero esencial es lo que afirma a propósito del educador: ha de ser de naturaleza objetiva, pues sólo así podrá salir de su propio mundo y ver con claridad lo que acontece en el mundo de su educando; ha de ser grande de alma, pues el hombre elevado educa con su solo contacto, y por último, en lo que se refiere a la enseñanza, enfáticamente expresa que "nada hay tan peligroso como el maestro que no sabe más que sus discípulos. Quien quiera enseñar, puede sin inconveniente callarse la porción mejor de su ciencia; pero no debe saber a medias.

La influencia de la concepción goetheana del mundo y su ideal de humanidad, juntamente con las ideas de Guillermo v. Humboldt, han ejercido desde los comienzos del siglo pasado una influencia decisiva en el espíritu y la constitución de las universidades alemanas.

Por otra parte, sus principios de educación, la influencia del arte como valor educativo, según Goethe, y su teoría de la evolución de las formas, así como la ley de las correspondencias en el cosmos, ha dado origen a varios intentos de doctrinas pedagógicas, entre ellas la que sustentó Rudolf Steiner, y que siguen sus discípulos en el campo de la antroposofía. Aun hoy, la imagen de la escuela descrita en el *Wilhelm Meister*, es fuente de inspiración en la pedagogía moderna de Alemania.

He tratado de expresar en estas cuantas líneas lo grande que aquel hombre fue como educador por el ejemplo de su vida y por su obra escrita. Que sirvan para recordarlo con admiración en este año en que todo el mundo de la cultura le rinde homenaje como hombre y como genio.

